

aceptaría nuevas gestiones de Brejnev para apaciguar la cuestión y se aprestaría a respuestas militares. Esto se produciría también en el caso de que Brejnev, realmente enfermo, muriese. La versión de otros de los llamados especialistas —que merecen toda clase de desconfianzas— es la de que la URSS está plenamente informada de la decisión de los Estados Unidos e Israel de intervenir militarmente en una nueva guerra colonial —la clásica guerra de conquista de materias primas— y habría decidido ya desentenderse de ella: limitarse a condenas verbales, enormemente energéticas y duras, incluso a una retirada de embajador de los Estados Unidos, pero sin pasar de ahí: esto es, quedándose al margen y dejando a los Estados Unidos que se embarquen en una guerra de condiciones imprevisibles y de consecuencias graves para quienes la inician (el propio Kissinger ha dicho que la lección de Vietnam es la de que «es más fácil entrar en una guerra que salir de ella»: la frase original era de Clemenceau, en las postrimerías de la del 14-18). No hay por qué estimar demasiado todos estos cálculos o especulaciones. Aparte de estar contaminados ellos mismos de guerra psicológica, proceden de simples ejercicios mentales más que de datos concretos. Lo verdaderamente cierto es que en estos momentos los Estados Unidos se comprometen verbal y físicamente en el conflicto, y la Unión Soviética rodea de misterio su actitud actual y futura.

Algunos países europeos se desentienden a su vez de las amenazas de los Estados Unidos. Uno tan significativo como Alemania Federal, que acaba de declarar oficialmente que su país no comparte la idea de una posibilidad de guerra para la conquista del petróleo, sino que cree que las negociaciones y la amistad con los árabes son la única solución posible. Estas posiciones europeas han sido muy criticadas por Kissinger en «Business Week»: «Nos criticaron (los países europeos) cuando lanzamos

el orden de alerta, lo vuelven a hacer ahora cuando anunciamos cualquier posición fuerte en este conflicto». La inseguridad o el miedo llevan a estos países a no apoyar la política de los Estados Unidos, «a pesar de que saben que esencialmente es la apropiada». Esta posición europea, suficientemente confirmada y reiterada, es uno de los datos más importantes para alejar la sensación de la guerra.

En los medios árabes se tiene prácticamente la seguridad de que el ataque de Israel no va a tardar en producirse, y que estará secundado directamente por los Estados Unidos. Por su parte, Israel cree que los árabes van a lanzar la guerra, como consecuencia de la nueva y gran preponderancia entre ellos de la Organización de Liberación de Palestina y de las «concesiones» europeas, y los elementos más fuertes recomiendan la «guerra preventiva». Yasser Arafat, en el discurso de aniversario de la OLP, ha anunciado ya que contra las bombas atómicas de Israel, el arma más válida sigue siendo el petróleo y la movilización de los nuevos capitales. Según parece, hay una especie de acuerdo secreto entre los principales productores de petróleo árabes: en el caso de un ataque de Israel, no aplicarían automáticamente el embargo del petróleo, sino que esperarían los acontecimientos. Creen que Israel puede ahora combatir durante veintidós días sin recibir ayuda de los Estados Unidos (según declaraciones recogidas por «Newsweek»): «de esta manera, si los Estados Unidos inician un puente aéreo durante las dos primeras semanas de la guerra, sabremos que lo que quieren es provocar un embargo del petróleo por nuestra parte para tener un pretexto para su intervención militar». Dicho de otra manera, estos estrategas árabes de la guerra del petróleo entienden que las actuales amenazas de los Estados Unidos tienden: a) a evitar que embarguen el petróleo cuando Israel lance su ataque, y b) a intervenir tan pronto como ese embargo comience a funcionar. ■

LOS QUE SE VAN

Ogino, pionero de la contracepción

Probablemente, el doctor Ogino —fallecido en su país, Japón, a los noventa y dos años— contribuyó notablemente al aumento de la demografía, cuando lo que pretendió en su vida de investigador fue todo lo contrario. Kiusaku Ogino está en el alba de la contracepción: pero su método fue y es tan poco seguro, tan poco fiable, que al dar confianza a muchas mujeres, sus fallos han sido notorios. Es, por otra parte, el único sistema de contracepción reconocido hasta la fecha por la Iglesia católica —o tolerado—, porque no se basa en medios artificiales, sino en una continencia periódica que debe coincidir con el breve período de la fertilidad de la mujer.

Al margen del valor práctico de la cuestión, el doctor Ogino realizó descubrimientos científicos de gran importancia. Los ovarios de la mujer contienen aproximadamente medio millón de células germinables primordiales: una vez al mes, una de estas células madura y pasa a la cavidad del útero, donde puede ser fecundada si un espermatozoo masculino llega hasta ella, bien porque esté allí ya, o porque penetre cuando el óvulo está dispuesto a ser fecundado. La célula femenina tiene una vida de cuarenta y ocho horas: el espermatozoo masculino, de veinticuatro. Por lo tanto, la fertilidad sólo puede producirse si el espermatozoo llega al óvulo menos de veinticuatro horas antes que éste, al mismo tiempo o menos de veinticuatro horas. Sumariamente, el cálculo del tiempo de fertilidad es de aproximadamente tres días. Todos los demás son días libres. La cuestión está en determinar cuál es el día de la ovulación. Esto sucede en el día catorce del ciclo menstrual, esto es, cuando la membrana del útero está preparada para recibir y nutrir el óvulo si éste es fertilizado.

Los problemas se plantean de esta forma: el individuo femenino es de biología muy variable, y el ciclo de cada uno corresponde a su propia identidad. La exactitud del catorceavo día es también variable. La vida del óvulo es de cuarenta y ocho horas "por término medio", pero también los hay que son activos durante algún tiempo más. Igual sucede con el espermatozoo masculino, que puede prolongar su vida más de las veinticuatro horas previstas. Si se añade a todo ello los errores posibles de cálculo, se ve claramente dónde están los fallos del sistema Ogino. O más bien, Ogino-Knaus, porque al mismo tiempo que el japonés, otro ginecólogo investigador austriaco, Knaus, realizaba los mismos experimentos. Ogino los anunció en 1923. Estaba preocupado por la enorme demografía de su país, uno de los más densos del mundo. El profesor austriaco añadió después una innovación importante en el camino de la seguridad contraceptiva: la ovulación produce en la mujer un aumento de temperatura basal, de forma que su medición podría determinar el momento de la fertilidad. Falla también, porque las alteraciones de temperatura pueden obedecer a otros muchos desórdenes.

El método Ogino-Knaus se comercializó mediante la venta de tablas, libros y termómetros. Produjo algunos beneficios a sus descubridores. Y una gran popularidad, sobre todo para Ogino, tema de cuplés, chistes de periódico, literatura de humor (como suele suceder con todo lo que se refiere a la vida sexual).

La aparición de otros contraceptivos químicos o mecánicos (la serie que va desde la "pildora" por antonomasia al esterilete) hubiese debido terminar con el método Ogino y con sus fallos, aun reconociendo al doctor japonés la paternidad —si en este caso se puede utilizar tal palabra— de los descubrimientos que han producido esta gran cadena. El hecho de que la Iglesia católica haya tolerado únicamente el método de Ogino y desautorizado todos los demás por considerarlos antinaturales ha prolongado su vigencia hasta nuestros días en las grandes zonas católicas. Sólo un cuidado extremo en cálculos y mediciones puede darle eficacia, y éstos sólo son posibles en mujeres de una gran exactitud en los ciclos biológicos. ■ PABLO BERBEN.

